

LIBROS

Eugen Weber
DE CAMPESINOS A FRANCESES

Anna Starobinets
LA GLÁNDULA DE ÍCARO. EL LIBRO DE LAS
METAMORFOSIS

Virginie Despentes
QUERIDO CAPULLO

Luis Miller
POLARIZADOS. LA POLÍTICA QUE NOS DIVIDE

Guadalupe Nettel
LOS DIVAGANTES

Albert Benoussan
MARIO VARGAS LLOSA,
ÉCRIVAIN DU MONDE

Michael Ignatieff
EN BUSCA DE
CONSUELO. VIVIR CON
ESPERANZA EN
TIEMPOS OSCUROS

HISTORIA

Eugen Weber y la modernidad de las naciones

por **Fernando Molina Aparicio**



Eugen Weber
DE CAMPESINOS A
FRANCESES
Traducción de Jordi
Ainaud i Escudero
Barcelona, Debate, 2023,
800 pp.

El 24 de octubre de 1995 se reunieron en la universidad de Warwick el antropólogo y filósofo político Ernest Gellner y su discípulo, el sociólogo Anthony D. Smith. Siempre había habido una frialdad entre ellos que Smith atribuía a la diferente valoración que tenían de sus orígenes judíos. Para Smith eran un honorable referente de identidad; para Gellner un detalle sin importancia. Fue una memorable jornada porque en ella Gellner, el gran renovador de los estudios sobre

nacionalismo, pronunció sus últimas palabras en público, pues falleció pocos días después, el 5 de noviembre. El debate llevó por título “La nación: ¿real o imaginada?”

La conferencia inicial estuvo a cargo del alumno aventajado, quien defendió que toda nación está sustentada en un legado premoderno. Por mucho que las naciones se hayan podido formar en la época contemporánea, a partir del contexto que marcaron las revoluciones liberal e industrial, todas han precisado de un legado étnico al que apelar y en el que reconocerse. Existieron, en definitiva, patriotismos antiguos que predefinieron los nacionalismos modernos. Gellner inició su breve contestación preguntándose, de manera sorpresiva, por el sentido del ombligo. Entendía que no tiene ninguna función orgánica. Simplemente marca que un ser humano ha nacido de otro. Y eso era la etnicidad para él. Con esta metáfora anulaba toda la carga histórico-cultural que su discípulo reivindicaba como esencial para entender las naciones. De acuerdo a sus planteamientos, estas surgieron de

la modernidad liberal y de la necesidad que el Estado industrial tuvo de impulsar una nueva forma de identidad para dotar de sentido a sus habitantes en un mundo nuevo, cada vez más homogéneo, móvil y alfabetizado. No fueron las “naciones” (culturales) premodernas las que determinaron los nacionalismos (políticos). Fueron estos los que las inventaron, seleccionando su legado étnico según sus necesidades culturales y políticas. Esto Gellner lo había verificado para Francia gracias al historiador Eugen Weber, quien había demostrado, veinte años antes, que la nación por antonomasia había sido inventada en el siglo XIX, por mucho ombligo que pudiera lucir.

Eugen Weber había nacido en Bucarest, en 1925, en una familia burguesa de origen germánico e ideología liberal. Su formación académica transcurrió entre Gran Bretaña, Rumanía y Francia. En la Segunda Guerra Mundial luchó en el ejército británico y, como capitán de regimiento, fue luego destinado a Bélgica, la Alemania ocupada y la India en proceso de partición. Posteriormente, se licenció en

Historia en Cambridge y completó sus estudios en la Sorbona y el Institute d'Études Politiques de París. Quiso doctorarse en Cambridge, pero no lo consiguió. Su director de tesis y el comité supervisor no aceptaron su tesis doctoral por considerar que priorizaba los detalles al análisis teórico. Fue publicada poco después con el título de *The nationalist revival in France, 1904-1915* y se convirtió en un referente para los estudios sobre la ultraderecha francesa. En ese incidente pudo pesar la cultura de patronazgo y clientelismo instalada en las universidades de élite británicas, que reprobó activamente. Huyendo de ella marchó a Australia, donde enseñó en la Universidad de Alberta. Finalmente, llegó a Estados Unidos a mediados de la década de 1950. Tras una breve estancia en la Universidad de Iowa, se instaló en la Universidad de California-Los Ángeles (UCLA) en 1956. La prestigiosa historiadora Lynn Hunt lo recuerda, veinte años después, como un profesor carismático, apasionado por el trabajo y con conocimientos enciclopédicos acerca de la historia.

Unos años antes de que Hunt y Weber se encontraran, este había hecho una larga estancia de investigación en Burdeos, en 1968. Pese a que había visitado buena parte del país, su residencia siempre había estado en la capital (donde tenía un apartamento al que se retiraba por temporadas con su mujer francesa). Ahora, en cambio, se encontró en una ciudad muy vinculada al campo rural circundante, en la que la cultura parisina no encajaba. Percibió la distorsión que París le había ejercido en su contemplación de la Francia del pasado. Tuvo la impresión de que los franceses habían vivido en diferentes “espacios de tiempo histórico” y que la Francia unida había sido una empresa política deliberada de reciente creación.¹ En esta hipótesis central el propio Weber reconocía una apreciable influencia del contexto histórico. En

los años 1950 y 1960, las transformaciones en el campo francés, intensificadas por el nacimiento de la Comunidad Económica Europea, habían alimentado un sentimiento general de “pérdida de un mundo”. Fueron unos años en que “tractores, automóviles y televisión [aceleraban] la homogeneización cultural de unos pueblos acostumbrados al cambio lento”²

En los años siguientes visitó archivos por toda Francia movido por una hipótesis: que ese cambio presente tenía unas bases centenarias, que fijó entre la Guerra Franco-Prusiana (1870) y la Gran Guerra (1914). Con ese fin recreó y analizó “una Francia donde muchos no hablaban francés ni conocían (no digamos ya usaban) el sistema métrico decimal; [...] donde los caminos eran pocos y los mercados estaban lejanos, y donde la economía de subsistencia era una mera estrategia de prudencia”³. Para ello recurrió a los testimonios de policías y militares, prefectos y burócratas, folkloristas y eruditos locales, sacerdotes, profesores de enseñanza primaria, agrónomos, viajeros y turistas... Con esas fuentes diversas reconstruyó la transformación de las mentalidades y conductas de una población inmersa en una cultura oral, que se expresaba en lenguas (hasta ocho se hablaban en aquella Francia, algunas de ellas usadas por millones de personas), tradiciones y costumbres extrañas a las urbanas. Fueron ocho años de trabajo volcados en un libro de 615 páginas publicado por la Universidad de Stanford en 1976, al que concedió un título providencial: *De campesinos a franceses*. La editorial Taurus lo publica este año, por primera vez, en español.

De acuerdo a su argumento, la categoría “nación” es “dudosamente aplicable a la Francia de 1870”. La nación francesa es el fruto tardío de un proceso

de modernización social impulsado por los gobiernos de la Tercera República (1870-1940), que permitió una transformación del mundo rural. De resultados de este cambio mental, el campesino fue capaz de representarse como parte de una comunidad abstracta, nacional, que le proporcionaba identidad, derechos políticos y memoria colectiva.

Dividida en tres partes, la obra expone el cambio social vivido por el mundo rural durante este proceso de asimilación nacional, entre 1870 y 1914. Las costumbres, la alimentación, el hábitat, los intercambios de productos y servicios, los modos de vida y trabajo de la tierra, las fiestas y ceremonias sociales, la religión, las migraciones y movimientos de población, la criminalidad y nupcialidad, la comunicación social y la política, las ferias y mercados, la circulación de las noticias y la cultura oral y alfabetizada, todo le sirve para describir un mundo en desaparición, estático en su primera parte y progresivamente sustituido por otro nuevo, “nacional”, en la segunda y tercera. Este proceso solo fue posible gracias a lo que Weber denomina las “agencias de cambio”, todas ellas dependientes del Estado: la escuela y el servicio militar, las redes de ferrocarriles y carreteras públicas. A ellas se unía la nueva política de masas y la industrialización de las pequeñas villas, polos de inmigración campesina y de contacto entre el mundo rural y el urbano.

Como en el modelo colonial africano o asiático, que conocía tan bien, las comunidades rurales fueron, poco a poco, desposeídas de sus derechos de caza, pastos, pesca o reparto de bosques, así como de sus costumbres y lenguas propias en el nombre del progreso, de la libertad, de la productividad y del bien común. En el nombre, en definitiva, de “la nación”. Y es que hasta bien avanzado el siglo XIX la condición de francés significó poco para los campesinos franceses (que constituían, en 1900, el 65% de la población total del país). Constituía poco

2 Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen. Modernization of rural France* (Stanford University Press, 1976), p. 493.

3 *Ibid.*, p. x.

1 Eugen Weber, *My France: Politics, culture, myth* (Belknap Press, Harvard, 1992), p. 10.

más que una abstracción que solo se fue haciendo material en el cambio de siglo. Aprendieron a ser franceses gracias al efecto combinado de “camino, ferrocarriles, escuelas, mercados, el servicio militar y la circulación del dinero, de bienes y de materiales impresos”.

Es imposible no encontrar el eco de este libro en sentencias como esta de Ernest Gellner: “el nacionalismo es esencialmente la imposición general de una cultura desarrollada a una sociedad en que hasta entonces la mayoría, y en algunos casos la totalidad, de la población se había regido por culturas primarias. Esto implica la difusión generalizada de un idioma mediatizado por la escuela y supervisado académicamente [...] [y] el establecimiento de una sociedad anónima e impersonal, con individuos atomizados intercambiables que mantiene unidos por encima de todo una cultura común [...], en lugar de una estructura compleja de grupos locales previa sustentada por culturas populares”⁴.

Obviamente, las tesis de Eugen Weber han sido muy matizadas por la historiografía posterior. Las cronologías de esa modernización se han adelantado en unos territorios respecto de otros, y la implicación del campesino en la política “nacional” se ha descrito de una manera más compleja que la que dibuja la verticalidad de un Estado interventor. Sin embargo, su libro sigue siendo una investigación esencial en la que constatar la modernidad de todas las naciones, incluso de aquellas que se pintan como modélicas.

Y si su libro sigue siendo válido más de cincuenta años después de escribirse es por la sensibilidad y respeto hacia el pasado con que fue escrito. El historiador, sostiene Weber, debe generar empatía con quienes vivieron antes que él, en lugar de colocarse por encima de ellos, como juez omnipotente. “La historia —confesó en su última gran obra, *My France*, con ecos de su admirado

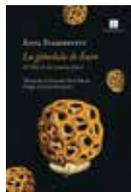
Marc Bloch— es sobre los hombres y mujeres que viven en un tiempo y en un espacio. Tiempo y espacio les afectan, y ambos afectan sus tiempos. Nuestra pintura del conjunto depende de las partes en que este se divide, lo general no tiene sentido fuera de lo particular”. ~

FERNANDO MOLINA APARICIO es doctor investigador permanente en la Universidad del País Vasco.

CUENTO

Del agua mansa líbrame

por **Elvira Navarro**



Anna Starobinets
LA GLÁNDULA DE ÍCARO.
EL LIBRO DE LAS
METAMORFOSIS
 Traducción de Fernando
 Otero Macías
 Prólogo de Laura
 Fernández
 Madrid, Impedimenta,
 256 pp.

Hay un refrán que dice “Del agua mansa líbrame Dios, que de la brava me libro yo”, y que podría definir no solo nuestros tiempos llenos de inquietantes buenas intenciones, sino también *La glándula de Ícaro*. El libro de las metamorfosis, conjunto de relatos de la escritora rusa Anna Starobinets, editado ahora impecablemente por Impedimenta con una estupenda traducción de Fernando Otero Macías y un prólogo de Laura Fernández que tiene la virtud de invitar a su lectura sin descender velos. Aunque se publicó originariamente en 2013, no ha perdido vigencia en lo que se refiere a su dimensión crítica con el presente. Más bien al contrario. *La glándula de Ícaro* trata de todo tipo de metamorfosis para conseguir una humanidad nueva y buena, de moralidad intachable, que es el horizonte de toda dictadura, incluida la que se enmascara bajo el lema de la libertad. La autora moscovita no solo carga contra el autoritarismo que no se disimula, sino también

contra ese otro más sutil que se da en países *libres* donde la tiranía está interiorizada y la ejerce, valga la redundancia, *libremente* toda la ciudadanía.

En el relato que abre el libro, y que da título al conjunto, a los hombres se les extirpa una glándula llamada de Ícaro para controlar su mentalidad y temperamento eliminando las conductas masculinas supuestamente instintivas que llevan a los varones a actos socialmente reprobables: “afición a las armas, propensión al riesgo y la vida errante, dependencia de los narcóticos, infidelidad matrimonial”. En este primer cuento la autora despliega todos los elementos que vamos a encontrar en los siguientes: nitidez compositiva, diálogos vivísimos, rapidez, imágenes brillantes, extrañamiento, audaces giros argumentales introducidos con total naturalidad y la presencia devoradora de internet y de avances científicos que determinan, deshumanizándolas, las vidas minúsculas de unos personajes siempre impotentes ante las circunstancias.

“Siti” es el título del segundo de los relatos, en referencia a New York City, al corazón de un imperio cuyo reinado se asienta en la autodomesticación, protagonizado por un escritor que llega de un país del Este al que se le hacen pruebas secretas para ver si es buena persona. En Siti la gente lleva una existencia de rata, pero convencidos de que se trata del mejor lugar del mundo —¿les suena a lo que ocurre hoy en cualquier megalópolis?—. A tal fin, se eliminan las palabras críticas con el sistema —“El verbo ‘delatar’ no existe en nuestro idioma”, afirma uno de los personajes sobre esta neolengua que recuerda a la de la célebre *1984* de George Orwell—. En la capital del imperio se es *libre* —de nuevo esta palabra— de tener sexo con quien se desee, y aquí la referencia es a *Un mundo feliz* de Huxley y a sus inanes relaciones. El relato es un festival de situaciones donde se ridiculizan salvajemente los valores del mundo globalizado. La caricatura de la corrección política, la

4 Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismos* (Alianza, Madrid, 1988) p. 82 [Oxford, 1983].

hipervigilancia, la supuesta libertad y el estilo de vida *healthy* que rigen Siti está llevada tan al extremo que incluso estar enfermo es ser sospechoso de no practicar buenos hábitos, y las farmacias están pensadas únicamente para la gente sana.

El tercer cuento, “El Lazarillo”, versa sobre un guionista citado a extrañas horas por un productor artístico; en el transcurso de la conversación, el lector irá descubriendo que lo que inicialmente parece una oferta de trabajo es en verdad una fatal invitación a formar parte de una repulsiva sociedad mutante. “El parásito”, cuarto relato y mi favorito junto con “Siti”, tiene como protagonista a un pobre ser indefinible, una suerte de insecto que antes fue humano, convertido por un experimento en un bicho al que presentan a la sociedad como un triunfo de la ciencia, como la superación del ser humano. La gente cree que es una suerte de dios y enloquece por verle, y la narración es afiladísima en lo que concierne a evidenciar la delgada línea que hay entre la religión y la ciencia por su aspiración a la verdad. También es un prodigio la construcción del personaje principal a través de un testigo, logrando en el lector un sentimiento de piedad tal que el sorprendente y monstruoso desenlace es acogido con alivio. En “La frontera” se hacen viajes en el tiempo, y en “Delicados pastos” es posible lograr la inmortalidad digitalizando la conciencia y trasplantándola en otro cuerpo, aunque solo para quien tiene dinero. El libro se cierra con “Spoki”, una videoconsola que parasita las cabezas de los niños. En estos dos últimos cuentos destaca el contraste producido por la introducción de fragmentos o referencias de clásicos (Pushkin, Tolstói o la Biblia), cuyo lenguaje pinta un mundo perdido para siempre.

Starobinets es profundamente rusa en su ejecución. Resulta imposible no pensar en Chéjov por su perfección escénica, su precisión y economía, pero también por el retrato social, el

humor negro y la crueldad compasiva. También resuena Gógol en la tragedia de unos personajes anodinos que son tan esperpénticos como entrañables. Y aunque la problemática planteada en estos siete cuentos recorre buena parte de las aberraciones del poshumanismo, los textos son de factura clásica y sin el afán, a veces forzado, de cerrarlos que había en su anterior libro de relatos, *Una edad difícil*. En *La glándula de Ícaro* a la autora le basta con plantear la situación, sin resolverla si la trama no lo pide, lo cual está en sintonía con lo que el libro plantea: el retablo de un universo distópico desoladoramente parecido a nuestro presente. ~

ELVIRA NAVARRO es escritora. Su libro más reciente es *Las voces de Ariadna* (Random House, 2023).

NOVELA

Intercambio epistolar de estereotipos

por **Aloma Rodríguez**



Virginie Despentes
QUERIDO CAPULLO
 Traducción de Robert Juan-Cantavella
 Barcelona, Literatura Random House, 2023,
 256 pp.

Un escritor que acaba de ser *metooizado* en el blog de una feminista activista escribe un comentario ofensivo sobre una actriz en una red social. La actriz le responde: “Querido capullo”, y a partir de ahí se inicia un intercambio epistolar (aunque nunca se detalla a través de qué canal) entre Oscar Jayak, el escritor, y Rebecca Latté, la actriz. Curiosamente, de adolescentes, Rebecca y la hermana de Oscar eran amigas. Lo que sorprende es que la correspondencia siga, pero estamos en el principio de la novela más reciente de Virginie Despentes, *Querido capullo*, escrita tras la saga *Vernon*

Subutex, y que traduce Robert Juan-Cantavella. La francesa se adentra en el fenómeno del MeToo, analiza el feminismo *punk old school*—del que su *Teoría King Kong* podría ser estandarte— frente al nuevo feminismo aupado al calor de las redes sociales, sin dejar de lado otros asuntos como los linchamientos digitales, la sobreexposición en internet, las entretelas del mundo de la literatura, el cine y la adicción.

A las voces de Oscar y Rebecca se une la de Zoe Katana, la persona que acusa a Jayak de acosarla y de haber hundido su carrera: Katana era una de las encargadas de llevar la prensa de la novela de Jayak, que fue pesado de más, insistente, quizá baboso, puede que colocara a Katana en una posición incómoda—su versión cambia conforme avanza la novela—, pero pasó hace mucho, en un época nebulosa de drogas y alcohol. Katana dejó la editorial—como la novela de él estaba yendo bien, nadie la apoyó—y su carrera en el mundo editorial se truncó. Uno de los méritos de Despentes es que se adentra en los grises de este tipo de situaciones, no ofrece la santificación de la víctima y huye del maniqueísmo. De hecho, la novela ha recibido críticas precisamente por darle voz—demasiada voz—al acosador. Hay un problema con las cantidades, sí, pero de todas las partes, porque la novela de Despentes, aunque amplía los puntos de vista del debate y como disparador de la discusión pública funciona, como novela naufraga.

Las debilidades de *Querido capullo* son debilidades narrativas. Más allá de la verosimilitud de la situación, hay un problema de construcción de los personajes: son planos, funcionan bien como clichés, como estereotipos, pero se ahogan en el desarrollo de la novela. Los tres, Oscar, Rebecca y Zoe, resultan bastante indistinguibles en su expresión. Es cierto que no se abre una novela de Virginie Despentes buscando el brillo estilístico, pero eso no significa que la planitud no termine por lastrar. En cuanto a los temas,

el MeToo funciona como gancho para envolver el intercambio de dos adictos en diferentes puntos del proceso de dejarlo, además de otros asuntos que dibujan un retrato bastante decadente de una sociedad edadista, hipócrita, individualista.

Despentes, que sabe insultar, no ha hecho una novela buscando el aplauso, sino más bien buscando precisamente agitar y señalar posibles puntos de encuentro. En la novela comete dos errores. El primero es fiarla demasiado al despliegue verbal de sus personajes, acaba entregada a la verborrea de dos (tres) narcisistas: “Ayer pusimos una película de Wong Kar-wai pero no le prestamos mucha atención, hacía demasiado que no follaba; desde que empezó todo este mogollón no había contemplado la idea de tener una historia con una chica. Pensaba que iba a ser decepcionante, no soy muy fan de las primeras veces; la idea de la primera vez me gusta, el momento en que notas que va a ser como tú quieres. Cuando follo con una chica a la que no conozco al principio lo que más me gusta es la idea de follar y entonces soy como una tía, lo que realmente me interesa es la ternura, solo que no me siento cómodo, estoy como bloqueado. El colcón también servía para eso: no estar nunca desnudo en una cama teniendo sexo con una desconocida y al mismo tiempo lúcido”, escribe Oscar; qué vergel de lugares comunes. El segundo error —este resulta incomprensible— es introducir el confinamiento de la covid-19: ya fue tedioso y está demasiado reciente como para que sea necesario recordárnoslo. Por otro lado, no aporta mucho: los personajes ya viven aislados, en una especie de burbuja; dramáticamente, el confinamiento no les cambia. Una de las cosas que le critican a Despentes es la evolución del personaje de Oscar, su aceptación de la responsabilidad sobre lo que hizo. Despentes le pone ayudantes. Además de la actriz, está Françoise, una feminista clásica, compañera de bar de Oscar y guía en su camino de (im)perfección. Lo que viene a decir

Despentes, vía Oscar, es que el conflicto no debería ser tanto hombres vs. mujeres como poderosos contra no; la versión de Zoe es que los hombres son los poderosos. Rebecca es más ambigua, y su postura tampoco es fija.

Querido capullo es una novela que funciona bien como amalgama de ensayos de temas *à la page*, se agradece la curiosidad por entender un fenómeno, el deseo de buscar los matices y explorar el asunto del dinero/poder/sexo/clase y sus interrelaciones. La novela hace aguas narrativamente, pero es honesta y plantea el marco claramente y sirve, eso sí, para agitar el avispero. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Este año ha publicado *Puro glamour* (La Navaja Suiza).

ENSAYO

Polarización y democracia

por **Manuel Arias Maldonado**



Luis Miller
POLARIZADOS. LA POLÍTICA QUE NOS DIVIDE
Barcelona, Deusto, 2023,
248 pp.

Ahora que se han celebrado los ochenta años de Julio Iglesias, no está de más recordar que una de sus canciones de mitad de los setenta parece un comentario a la polarización política: “A veces tú, a veces yo / Reñimos sin tener razón / Sin más por qué, sin más error / Que orgullo de los dos.” Huelga matizar que nuestro *crooner* más global se estaba refiriendo a las querellas de los amantes y que la polarización, como demuestra el sociólogo Luis Miller en este notable estudio de orientación divulgativa, tiene más que ver con la competencia electoral entre partidos y su relación con el conflicto entre ideologías. No obstante, el propio

Miller señala el peligro que supone un aumento de la polarización que termine por afectar —ya lo hace— a los estilos de vida y los hábitos cotidianos, influyendo de hecho sobre la mismísima elección de pareja. Y si la canción nos dice que ninguno de los que se pelea tiene razón, en la búsqueda partidista de la polarización también las razones son lo de menos: se busca aquello que pueda dividir al electorado, a fin de movilizar mejor sus sentimientos de pertenencia tribal. Pero justamente ahí se encuentra asimismo el peligro que corren las aproximaciones sistemáticas —con vocación científica— a la polarización: que la apelación desencarnada a un fenómeno abstracto sirva para eludir el debate sobre el mayor impacto divisor de las estrategias de unos partidos o líderes sobre otros.

Sociólogo del CSIC con bagaje internacional que trabajó como asesor en la Oficina Nacional de Prospectiva y Estrategia de Moncloa durante el año 2021, Miller parte de la constatación empírica de que España —al igual que otros países occidentales— se encuentra más polarizada que nunca antes en su historia democrática. Una vez publicado este libro, de hecho, se han presentado datos que indican que España y Francia son las dos únicas sociedades europeas donde no se ha recuperado la confianza ciudadana en sus instituciones políticas después de la pandemia. ¿Y cómo se llega a la conclusión de que hay más polarización que antes? Para empezar, claro, hay que definirla; solo así sabremos dónde mirar. Miller tiene claro que la polarización política es una forma moderna de tribalismo; como tal, se asienta sobre unas bases antropológicas que facilitan la tarea a los partidos y líderes que tratan de provocarla o intensificarla. Otros autores hablan de partidismo o sectarismo, pero apuntan al mismo fenómeno: la separación de las personas en grupos o polos a partir de una línea divisoria y el consiguiente proceso de alineamiento de las fuerzas políticas alrededor de ese eje.

Así entendida, la polarización no *nace* sino que *se hace*. Y quienes *hacen* polarización emplean herramientas destinadas al efecto, usando temas políticos y problemas sociales para dividir a los ciudadanos. Pero el concepto permite su desagregación en tres procesos distintos –polarización ideológica, afectiva, cotidiana– cuyo resultado final sería la aparición de eso que la politóloga norteamericana Lilliana Mason denomina “megaidentidades” políticas para referirse a una identificación que abarca todos los aspectos de nuestra vida personal. No es así de extrañar que los estadounidenses manejen ya un Tinder para los votantes demócratas que prefieren ahorrarse disgustos a la hora de buscar pareja o que allí se identifique la propiedad de un vehículo SUV con el voto republicano. También es en Estados Unidos donde se han hecho más análisis empíricos sobre la polarización, carencia que Miller resuelve para el caso español indagando en las bases de datos del CIS y fijándose en el incremento de la distancia entre los valores expresados por los españoles cuando se les pregunta por su opinión en temas como el pago de impuestos, la sanidad pública, la fe en la meritocracia o la apuesta por una recentralización estatal.

La distancia que separa a los españoles en estos temas –los datos son elocuentes y están en el libro– es hoy mayor que a finales del siglo XX y han aumentado a su vez especialmente desde 2010, que es el año que Miller toma como referencia para sus comparaciones. Es el año anterior al surgimiento del movimiento 15-M, que sentó las bases para la reconfiguración de nuestro sistema de partidos. Y ahí estaría el quid de la cuestión, ya que los nuevos partidos habrían “arrastrado” a las grandes formaciones tradicionales a los extremos y aumentado el número de ciudadanos cuyas opiniones se han radicalizado. O sea: “La división política creciente de la sociedad española no responde a la radicalización de uno

de los extremos, sino a la configuración de dos bloques con identidades políticas contrapuestas.” Tiene razón Miller cuando otorga la máxima importancia a la crisis económica y su impacto anímico sobre los españoles, si bien conviene recordar que el 15-M empieza por presentarse como una protesta transversal solo porque la izquierda gobernaba al estallar la crisis económica; hay razones para pensar que si lo hubiese hecho la derecha, el movimiento habría sido más convencional en términos discursivos y quizá Podemos no hubiera llegado a nacer. Más original es la hipótesis del autor según la cual la existencia de ETA retrasó el proceso de división política en nuestro país, ya que la izquierda no habría podido pactar con las fuerzas nacionalistas de manera tan exhaustiva si los terroristas hubieran seguido matando. El tercer elemento explicativo que maneja el autor es la moción de censura que lleva a la Moncloa a Pedro Sánchez en junio de 2018, que crea dos bloques políticos antagónicos sin incentivos para la cooperación interpartidista.

Sin embargo, se echa de menos a ratos un análisis detallado de la conducta de los distintos actores políticos que permita trazar con mayor precisión la genealogía de la polarización en nuestro país. Es así sorprendente que el autor señale las legislaturas de 1993-1996 y 2004-2008 como las de mayor polarización hasta 2011, pasando por alto aquella de 2000-2004 en la que la izquierda liderada por Zapatero se echó a la calle desde el primer día de la sorprendente mayoría absoluta de Aznar. De manera parecida, se antoja cuestionable que la conducta del PSOE de Pedro Sánchez desde la moción de censura –momento en que se constituye por primera vez un bloque político que incluye a los separatistas recién salidos del *procés* y a Bildu, al que luego se incorporaría Podemos como miembro de la coalición– sea parangonable a la de un centroderecha que no sabe gestionar su relación con Vox y sin embargo ha ofrecido en los

últimos años pactos de amplio espectro a los socialistas (véase el discurso de investidura de Núñez Feijóo hace apenas unas semanas). En otras palabras, no todos los bloqueos políticos son un efecto de la polarización; también es posible que un bloqueo político deliberado tenga por objeto causar polarización.

Por otro lado, Miller tiene razón cuando advierte de que diversidad y estabilidad se relacionan con dificultad; si tenemos mucho de la primera, quizá tengamos poco de la segunda. Con todo, hay países europeos con parlamentos tan fragmentados como el nuestro, donde los niveles de polarización no son tan altos; la cultura política, que suele ser desdeñada por los científicos sociales de corte institucionalista, juega también su papel. Estas matizaciones son importantes cuando intentamos buscar remedio a la polarización, que es lo que hace el autor en el último capítulo del libro. Pero lo hace centrándose en la polarización afectiva, esto es, en la división sentimental entre las personas de distinta adscripción ideológica y partidista.

Dado que no hay soluciones milagrosas, su apuesta es sensata: corresponde a los ciudadanos tomar conciencia de sus propios sesgos y rebajar la toxicidad de las situaciones políticas en que se vean envueltos. A tal fin, alude a iniciativas orientadas a crear redes de contacto locales entre personas con ideas divergentes, a los que se anima –el periódico *Die Zeit* lleva un tiempo haciendo algo parecido– a dialogar respetuosamente entre sí. También sería deseable que los medios de comunicación limitaran sus tendencias polarizadoras; y lo mismo puede decirse de los partidos mismos. Ocurre que nadie sabe cómo atajar la polarización: los partidos solo renunciarán a ella cuando los votantes los castiguen por ello. Lo que sí tiene claro Miller es que el “consenso” como tal no es la solución: más nos vale aceptar nuestras diferencias y esforzarnos por cooperar eficazmente, porque aquellas

no van a desaparecer ni sería deseable que lo hicieran.

Cualquier ciudadano que sienta inquietud por el estado de nuestra democracia, en fin, hará bien en hacerse con este libro: escrito con una vocación pedagógica que lo hace accesible a la mayoría de los lectores, *Polarizados* pone sobre la mesa un concepto útil para explicar por qué las identidades políticas pueden estar convirtiéndose en la causa principal del bloqueo político en los regímenes democráticos occidentales, advirtiéndonos de las fatales consecuencias que puede tener su difusión en la esfera de la vida cotidiana. ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *Abecedario democrático* (Turner, 2021).

CUENTO

Eternos extranjeros

por **Claudia Apablaza**



Guadalupe Nettel
LOS DIVAGANTES
Barcelona, Anagrama,
2023, 168 pp.

Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973), autora de *El búsped* (2006), *Pétalos* (2008), *El matrimonio de los peces rojos* (2013), entre otros, publica un nuevo e inquietante volumen de cuentos. Las piezas reunidas comparten la consigna de cuestionar el pequeño lugar de seguridad que habita cada uno de los personajes, la refutable idea de realidad que sostiene, unifica y amarra, mediante el recurso ya no de lo fantástico y la fisura de todas las lógicas semánticas y espacio-temporales, sino a través de pequeños quiebres de una realidad que sobrevive firme frente a

esa existencia. Junto con esto, y con una sólida fuerza narrativa, la autora horada y fractura la forma de pensar y representar lo literario, para instalar nuevamente su poética, que se funda en desestabilizar seguridades y en la inserción de pequeñas cápsulas de lo extraño, lo inusual y lo raro. *Los divagantes* en su conjunto es una reflexión acerca de la estabilidad de lo real, su fragilidad y el desamparo.

En cada uno de los ocho relatos nos enfrentamos al advenimiento de un hecho insólito, una escena o situación que aparece y descoloca a quien la enfrenta, como la aparición de un grafiti que aflora intempestivamente en una pared o la irrupción de sujetos, animales y plantas que agonizan y mueren; situaciones que llevan a los personajes a interrumpir lo cotidiano, las relaciones de pareja y los vínculos familiares. También se produce, por ende, un quiebre en la mirada de quien lee, con el fin último no solo de sellar un compromiso con la fisura de lo real, sino con poner en primer plano la metáfora y figura del divagante, del extranjero, el perdido, y cómo el mundo que habita se fractura y entonces se entra en otro plano, tan real como el primero, pero teñido de esa apertura.

Desde el primer cuento, “La impronta”, se ve clara la utilización de este recurso. Una mujer visita en el hospital a la madre de su mejor amiga, Verónica, y en esas visitas se encuentra, de forma inesperada, hospitalizado y agonizante, a Frank, un tío que se desvinculó hace años de la familia y al que le habían perdido la pista. La aparición intempestiva de Frank hace tambalear el mundo de la protagonista y la lleva a buscar en fotografías el rastro y la causa de esa separación que nunca logró explicarse del todo, y a entender, mediante ese pequeño suceso, el recorrido de su propia vida, como una viajera que hace espejo de sí en ese otro viaje inesperado. En otro de los cuentos, “La cofradía de los huérfanos”, aparece un cartel de SE BUSCA

en un parque que hace que quien lo protagoniza recuerde la historia de su propia orfandad, y todo el dolor oculto en esos recuerdos, también haciendo uso del recurso del espejo y la imagen de sí que se devuelve en él, que veremos aparece en todo el conjunto. Otro cuento notable es “La vida en otro lugar”, donde un actor frustrado se inmiscuye en la cotidianidad de una familia cuya casa quiso comprar pero les fue arrebatada. Así llega al encuentro de un excompañero de la carrera de teatro, que lo lleva a desear no solo su piso, sino también esa otra vida exitosa, su carrera, cuidar a sus hijos, vivir ahí y quedarse con su mujer.

Lo que interesa en estos cuentos no es necesariamente la transmutación ni la ruptura de la lógica espacio-temporal, y aunque la haya por descarte, no es ese el objetivo último. No se busca ese escándalo de la razón, ni la transformación para llegar a esa frontera en que quedamos suspendidos, eso de lo que tan bien nos hablaron Todorov, Hoffmann y otros, pero que es ya un recurso manido. Los cuentos se centran en la vida de los divagantes, y en cómo en esos viajes enloquecidos, y entre unos y otros personajes, aparecen analogías y espejos de sus propios recorridos.

Ahora bien, sí encontraremos en el conjunto un cuento más ligado directamente al mundo de la fantasía que se desenmarca levemente del realismo de los otros y presenta un tono fantástico más radical. En “La puerta rosada”, un hombre de 63 años traspasa por curiosidad ese umbral y come ciertas golosinas que lo llevan a alterar los ritmos vitales, el registro del suceder del tiempo y la relación con su mujer. Es un texto que nos hace recordar la pequeña puerta que cruza Alicia y las pícaras que bebe para entrar en el mundo maravilloso, irracional e ilógico.

En este libro, la tradición del cuento latinoamericano fantástico respira a la vez que agoniza. La autora baila y se congracia con esa tradición como diciendo: ya te dominé y me

retiro, bailé aquí y allá con Borges, con Ocampo, Wilcock y Bioy Casares, en esa frontera donde se fragua la resistencia a la concepción positivista de lo real. Nettel apunta más bien a esa pérdida de brújula que sucede cuando un acontecimiento sacude el arraigo a la realidad y altera la ruta y la seguridad del trazado.

Por otro lado, el libro está poblado de metáforas para anunciar los recorridos de esos divagantes. Las más bellas son sin duda las del bosque, las raíces, el fuego y los albatros. Elementos que nos hablan de la pérdida (el albatros que se ha perdido en la lejanía de los polos), de cómo se arrasan las realidades (el fuego que quema todo sin compasión), de la fuerza de los orígenes y la fragilidad de lo que está a la vista (la araucaria milenaria) y del extravío (el bosque como su reflejo).

Estos ocho cuentos representan la vulnerabilidad del ser humano y de la naturaleza y muestran cómo un imprevisto puede quebrar la realidad. El conjunto enfila a los personajes en el lugar del divagante, del perdido, del ausente, del eterno extranjero. ~

CLAUDIA APABLAZA es escritora y editora. Su último libro publicado es *Historia de mi lengua* (Editorial Comisura, 2023).

ENSAYO

La sombra del gigante

por **Jordi Canal**



Albert Bensoussan
MARIO VARGAS LLOSA,
ÉCRIVAIN DU MONDE
Paris, Gallimard,
2022, 234 pp.

La Académie Française eligió como nuevo miembro de la institución, en noviembre de 2021, a Mario Vargas Llosa. El Premio Nobel de literatura

de 2010 iba a ocupar el sillón número dieciocho. Convertido ya en inmortal —nombre que reciben los electos desde la ceremonia de instalación, no pública—, el 9 de febrero de 2023 tuvo lugar el acto de recepción, con la destacada presencia del exrey de España Juan Carlos I, bajo la cúpula de la sede parisina de la Académie. Vargas Llosa acudió con el preceptivo uniforme verde —de hecho, azul oscuro o negro, con bordados de ramas de olivo verdes y oro— y la simbólica espada, que en su caso era obra del maestro espadero toledano Antonio Arellano. El escritor hispano-peruano pronunció un destacado discurso en el que, además de hacer el preceptivo elogio de su predecesor en el sillón dieciocho, el filósofo Michel Serres, trató de su relación con Francia, de la literatura francesa —en primer lugar, evidentemente, de Gustave Flaubert— y del hoy y mañana de la novela. Aseguró, entre muchas otras cosas: “Una vida sin literatura sería horrible, siniestra, desprovista de las más ricas y variadas experiencias de la vida, una intolerable rutina, hecha de obligaciones que se repetirían diariamente como un conjunto de compromisos sin promesa de remisión.”

Un par de meses antes, el 1 de diciembre de 2022, la editorial Gallimard publicó *Mario Vargas Llosa, écrivain du monde*, del filólogo y traductor Albert Bensoussan. Uno y otro hecho estaban íntimamente relacionados. El último capítulo del libro está dedicado, en este sentido, a argumentar la pertinencia de la decisión de la Académie Française. Ciertamente es que era esta bastante excepcional, tanto por la edad y la nacionalidad del escogido como por el hecho de recaer en un escritor en lengua no francesa. Insiste el autor en un par de aspectos. La entrada de Vargas Llosa en La Pléiade, en 2016, por una parte. Se trataba del primer autor no francés que fue publicado en vida en esta prestigiosa y clásica colección, que tan importante fue para el propio novelista en su juventud

peruana y, evidentemente, después. De otra, la pasión de Vargas Llosa por la literatura francesa, de Flaubert a Hugo, de Malraux a Camus, de Aron a Revel. A fin de cuentas, asegura Bensoussan, “escritor peruano, escritor español, Vargas Llosa es asimismo uno de los más brillantes promotores de la literatura francesa”. Y, a renglón seguido, añade, en lo que constituyen las frases finales del libro: “Y uno de esos autores universalistas que él mismo admira. Un verdadero clásico contemporáneo. Un escritor del mundo.”

Albert Bensoussan es el traductor de casi toda la obra de Vargas Llosa al francés. Desde 1974, con *Les chiotos* (*Los cachorros*, 1967), apunta, “lo he traducido todo”, novelas, teatro, ensayos —unos cincuenta volúmenes— y “centenares de artículos de variada extensión”. Solamente se le escaparon en su momento *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en la catedral*, aunque esta última la retradujo cuarenta años después, en 2015. Ciertamente es que algunos ensayos, como el que dedicara Vargas Llosa a García Márquez en 1971 o el *Diario de Irak*, no han sido nunca publicados en Francia. Tampoco, por ahora, el reciente trabajo sobre Pérez Galdós. En los últimos tres lustros han colaborado con Bensoussan, en las traducciones, Anne-Marie Casès o Daniel Lefort. Con este ha firmado, en 2021, la versión de *Temps sauvages* (*Tiempos recios*, 2019). Sostiene que, “en cincuenta años de mimetismo, me he transformado en la sombra habladora del gran escriba”, lo que ha significado, entre otras cosas, compartir su “cotidiano mental”. El traductor constituye un puente entre culturas, que necesita tener la misma creatividad que el autor, puesto que inventa el mismo texto en otra lengua: “Traducir es crear e, inversamente, crear es traducir.” Se trata de una suerte de autor *a posteriori*, una sombra: “Nada opone, en sus términos”, apunta Bensoussan, “traducción y creación, pero todo las separa, no un muro en realidad, mas simplemente la altura de una mayúscula

que convierte al Autor en un gigante y al traductor, no en un enano, evidentemente, sino en la sombra de este gigante.” La sombra del gigante: una iluminadora caracterización.

El libro presenta al público francés la extensa obra de Mario Vargas Llosa –los elementos más estrictamente biográficos, en cambio, se desplazan a un apéndice cronológico–. El tratamiento de cada pieza es muy desigual, tanto en extensión como en profundidad y perspicacia. De alguno de los libros no se dice nada: de *La casa verde*, por ejemplo, quizá por no haber sido objeto de su traducción. A otros, en cambio, Bensoussan les dedica mucho espacio. Es el caso de *La guerra del fin del mundo* (1981) o de *Travesuras de la niña mala* (2006). Insiste, en la primera, que iba a ocuparle todo un año para traducirla al francés, en su definición como libro de caballerías y de aventuras. Infravalora, no obstante, en mi modesta opinión, el papel en el relato de uno de los personajes, el periodista miope, un homenaje vargasllosiano al gran Euclides da Cunha de *Os sertões* (1902). Esta novela total, “rica y compleja” según Bensoussan, está en la línea que va a conducir a sus dos novelas más políticas y más barrocas: *La fiesta del chivo* (2000) y su parcial prolongación *Tiempos recios* (2019). *Travesuras de la niña mala*, una auténtica “geografía moderna de un amor loco”, es, en su opinión, la novela más flaubertiana del escritor. Las novelas de ese “fabuloso contador de historias” que es Vargas Llosa, Bensoussan sostiene, “sitúan nuestro mundo en su justa realidad, llena de ruido y de furor, de sangre y de sexo, y de toda las miserias de la humanidad.”



www.letraslibres.com

Entre los ensayos, mientras que casi nada se dice, algo sorpresivamente, de *La verdad de las mentiras* (1990), se destacan con buen criterio sobre todo, en cambio, *La orgía perpetua* (1975) –“una confesión de un escritor del siglo” en forma de homenaje a Flaubert–, *La tentación de lo imposible* (2004) –“brillante” y meticulosamente documentado estudio sobre Victor Hugo– y *La llamada de la tribu* (2018), obra de pensamiento de un “liberal universal”, esto es, humanista y democrático. De todas maneras, las partes más interesantes de *Mario Vargas Llosa, écrivain du monde* son, sin duda, aquellas referidas a la traducción. A dar, al fin y al cabo, “una voz francesa” a este escritor hispano-peruano que, “en su objetivo totalizador”, lo ha dicho todo de la vida y de las cosas. Bensoussan se refiere en algún pasaje a medio siglo de mimetismo. Resultan muy sugestivas las páginas dedicadas a su rol de “traductor erotizado” en relación con *Travesuras de la niña mala*, una obra que considera como una reflexión sobre el oficio de traductor y de intérprete. En más de una ocasión alude al personaje de Salomón Toledano, “arquetipo del traductor”, políglota y descendiente de judíos sefardíes, que le fascina. Las reflexiones sobre la traducción al francés de algunos pasajes o palabras, como huachafería –por *cucuterie*–, tan peruana, o bien de títulos, verbigracia *El paraíso en la otra esquina* (2003), que resulta *Le paradis – un peu plus loin*, resultan fascinantes. Termino con una frase de Albert Bensoussan que, a mi parecer, sintetiza bien los fundamentos de esta obra dedicada a Mario Vargas Llosa: “La cultura francesa le enseñó a leer mejor y él nos ha enseñado a leerla mejor.” ~

JORDI CANAL es historiador y profesor en la EHESS (París). Su último libro publicado es *Los colores de la política en la España contemporánea* (Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022).

ENSAYO

Recuperar la esperanza

por **Fernando García Ramírez**



Michael Ignatieff
EN BUSCA DE CONSUELO.
VIVIR CON ESPERANZA
EN TIEMPOS OSCUROS
Madrid, Taurus,
2023, 296 pp.

Nuestro dolor no es único. En este momento mujeres y hombres en todas partes padecen adversidades, muchos otros han pasado por lo mismo a lo largo de los siglos. Unos cuantos han dejado testimonio de la forma en que enfrentaron al destino. No existe una fórmula única. Job sufrió pérdidas terribles y reclamó a Dios su suerte. El dolor en nuestros días se combate con medicinas y terapias. Algunos salen pronto de esa zona de niebla, otros se quedan atorados ahí durante largo tiempo, otros no logran salir nunca.

Cuando se sufre se busca consuelo, una mano amiga, un consejo, un asidero que nos ayude a soportar el sufrimiento. Michael Ignatieff (Toronto, 1947), historiador de las ideas y académico, ha reunido en un libro un conjunto luminoso de ensayos biográficos en los que expone las diferentes formas en que pensadores, escritores, revolucionarios, científicos y artistas encontraron consuelo a sus padecimientos. Job, los salmistas, san Pablo, Cicerón, Marco Aurelio, Boecio, Dante, el Greco, Montaigne, Hume, Condorcet, Marx, Lincoln, Mahler, Freud, Weber, Ajmátova, Primo Levi, Camus, Havel, Miłosz y Cicely Saunders, todos ellos buscaron, recibieron o brindaron consuelo. Un tema que los pensadores contemporáneos han dejado de lado. *En busca de consuelo* resume el pensamiento occidental frente al dolor; un libro de profunda sabiduría, de amor por la vida y por sus semejantes.

El consuelo es lo contrario a la resignación. Lo que nos mueve a continuar viviendo es la esperanza, muy distinta al optimismo. La esperanza es la fuerza interna que nos hace luchar contra las adversidades del destino. Para seguir adelante es necesario primero reconciliarnos con la vida, comprender el orden de las cosas sin renunciar a nuestro anhelo de encontrar un mundo más justo. La esperanza no deriva necesariamente de la fe, puede adoptar formas religiosas o profanas.

El libro de Ignatieff no expone doctrinas. Las abstracciones no proporcionan consuelo. Ignatieff en cambio nos brinda un conjunto de esbozos biográficos, habla de personas concretas y de cómo pudieron superar su dolor. A lo largo de la historia muchos otros han padecido sufrimiento. Leer sus argumentos y experiencias crea un puente de solidaridad en el tiempo. Nos muestra que nunca estamos solos en el dolor.

Comenta Ignatieff la narración de las desgracias de Job, para ejemplificar cómo se puede aceptar lo que no se puede comprender. “Es una fantasía, nos dice, que la fe proporcione certezas.” Solo conociendo la desesperación podemos llegar a conocer la esperanza. Sobre Cicerón cuenta la muerte de su hija y de cómo esta lo devastó a pesar del blindaje de su pensamiento estoico. Ignatieff describe la manera en que, para salir de su postración, tuvo que enfrentar su miedo a la muerte y vencerlo. De Marco Aurelio detalla la forma en que encontró consuelo en la escritura de su desconcierto y su angustia. En su ensayo sobre el Greco aborda el modo en que este pudo, frente a las inmensas presiones de su tiempo y bajo la sombra de la Inquisición, superar sus temores reflexionando en su pintura sobre el tiempo. En uno de los mejores ensayos del libro, el dedicado a Montaigne, nos habla del modo en el que el Señor de la Montaña pudo reconciliarse con la dureza de su época (vivió en medio de pavorosas guerras religiosas) a través del placer de los sentidos.

“Ante el pellizco de la muerte —dice Ignatieff— no sirven los razonamientos filosóficos.” Lo mejor es aceptarlo todo: la dicha, el dolor, el deterioro del cuerpo que trae consigo la vejez. De Montaigne extrae la conclusión de que debemos aprender a soportar lo que no podemos evitar.

Para el filósofo David Hume el consuelo no podía extraerse de la filosofía sino de la compañía humana. De Marx, Ignatieff nos refiere su combate a la religión como base de su crítica de la economía y la política. La primera tarea debe consistir en librarse del consuelo que brinda la religión. Según Marx, el conocimiento de la ciencia histórica era lo único que nos podía librar de los sinsabores del destino. De acuerdo a su utopía, los hombres podríamos seguir conociendo reveses y decepciones pero, como habitaríamos un mundo justo, estaríamos en condiciones de aceptarlos porque cada cual recibiría lo que se merecía. Se ha cuestionado mucho, escribe Ignatieff, si la utopía de Marx es alcanzable cuando lo que debemos preguntarnos es si un mundo así es deseable. La guerra civil norteamericana sirve al canadiense para reflexionar sobre la forma en que Lincoln enfrentó la contienda, pero sobre todo el destino de su país cuando esta hubiera terminado. Para Lincoln, Estados Unidos solo podía alcanzar la misericordia y seguir adelante si aceptaba que la victoria de unos no era debida a la gracia divina ni la derrota de los otros era un castigo de Dios. No estamos condenados, decía Lincoln, a la insensatez y mendacidad del presente. Debemos saber quiénes somos, dónde estamos, qué debemos aceptar y qué rechazar.

La música, para Mahler, debe dar sentido a los hombres luego de la muerte de los dioses. Según Nietzsche: el único consuelo consiste en reconocer que no hay consuelo posible. La consolación ha desaparecido del lenguaje moderno, el consuelo profano ha ocupado el lugar del consuelo religioso. El duelo y el dolor se ven en estos días como enfermedades de las que

debemos recuperarnos lo más pronto posible. Max Weber estuvo siempre en contra del consuelo en todas sus manifestaciones. La ciencia, consideraba el sociólogo alemán, no puede dotar de sentido al cosmos. Solía aconsejar a los jóvenes que dejaran de lado cualquier anhelo de salvación. Cada quien debía crear el propósito y la esperanza que lo sostenga. Para Ignatieff, Anna Ajmátova y Primo Levi mantuvieron la fe en la escritura en medio del horror, su ejemplo nos consuela al hacernos cobrar sentido de que pertenecemos a la familia humana. Debemos defender las verdades que nos legaron.

En su ensayo sobre Albert Camus, Ignatieff reitera que las abstracciones no sirven para otorgar consuelo. Reducir el sufrimiento de alguien concreto es el único consuelo que importa. A propósito de Václav Havel el libro distingue la esperanza del optimismo. La esperanza no es la confianza de que las cosas saldrán bien sino de que algo tiene sentido, con independencia de cómo acaban saliendo.

El consuelo es un proceso de inmersión profunda mediante el que recuperamos la esperanza. Para alcanzar ese estado se debe asumir lo que uno es y lo que ha sido, enorgullecerse de lo que se ha logrado y responsabilizarse de los fracasos. Se alcanza el consuelo si uno se reconoce como parte de algo más vasto. “Nunca estamos solos cuando afrontamos el dolor y la pérdida, siempre hubo alguien que pasó por eso antes que nosotros y que compartió su experiencia”, escribe Ignatieff.

En busca de consuelo es un libro que ayuda a seguir adelante, a continuar pese a todo. Nos invita a reconciliarnos con las pérdidas, a asumir las vergüenzas y los remordimientos, a sentirnos vivos ante la belleza y complejidad de la vida. Recibir o dar consuelo —como concluye— hace que la vida valga la pena. ~

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario, consejero de *Letras Libres* y columnista de *El Financiero*.